

El Demonio de la Ira.-

Desde que tengo memoria, el ser humano ha tratado de develar los secretos que encierra su origen, de donde proviene y como se creó, preguntándose si es a través de la “chispa divina”, o por una simple promiscuidad de materias y evolución, o el experimento de seres superiores cósmicos, que ya sabemos que existen por ciertas señales. Lo cierto es que, ya sea cualquiera el origen del hombre, estamos rodeados de una energía efímera y secreta que nos maneja con sus hilos como títeres, tratando de mantener un equilibrio entre todas las criaturas, y el vasto universo.

Buscando e investigando, el hombre se ha encontrado con ciertas actividades desconocidas intrínsecas a su ser interior, que hasta ahora, no ha sido capaz de controlar y mucho menos de conocer a fondo.

Energías primigenias, como la Ira, el Miedo, la Ansiedad o la Locura, han hecho en muchas oportunidades que el culto homínido, cometa agravios inconscientes en contra de sus congéneres.

Pero esos arrojos frenéticos de alguna manera, han adquirido identidad propia con algún tipo de forma carnal, transformando su ser en algo inhumano y voluptuoso que jamás entendería, y que para mí sería heroico y justo, pero para otros, solo serían arranques de esquizofrenia y demencia. Mentes y cuerpos transplantados, tal vez entre dos dimensiones al mismo tiempo, que por algún tipo de reacción química o esotérica, despiertan y se desbocan como potros salvajes desde su fuero interno. Es una de esas entelequias desbocadas que protagoniza nuestro relato.

Ocurrió en una ciudad costera del Mediterráneo, habitada en ese momento por unos 20.000 habitantes, turística por demás, poseedora de hermosas playas con lujosos hoteles y casinos, inundados por numerosos visitantes casi todo el año.

Es allí en donde a Jean Pierre Luteas, griego de padre y madre francesa, hombre entregado e inteligente, poseedor de una de las mentes más sagaces que jamás he conocido. Fue él que me contó, de cierto evento ocurrido en la ciudad hace algún tiempo.

Trabajaba como inspector de la policía, una ocupación tranquila en esa ciudad, en donde a veces por mera casualidad, ocurría algún desvarío ocasionado por algún borracho en algún casino, o tontas peleas de parejas o vecinos; o un choque de vehículos. Pero ese año según nos relató, llegaron muchos turistas y se notaba algo inusual en el ambiente. Había un “no sé que”- comentó Jean Pierre.

Esa tarde dejé a la sargento Betty Soller en su casa, después de tomar un café y charlar un rato sobre su soledad, las parejas, los hijos, ya saben... la dejé en la terraza de su piso de soltera, tomando el aire fresco que provenía del mar, en bragas y sujetador, con los pies sobre la valla de madera que poseía el muro de la terraza.

Su ronda del día había terminado y mientras bebía un vaso de agua, meditaba sobre su soledad como mujer y las ansias que tenía de tener alguna persona con ella, para compartir la vida entre sinsabores y alegrías. Tema que habíamos estado hablando en otras oportunidades. A Betty le conocía desde pequeña, pues su padre y yo fuimos muy buenos amigos y vivimos juntos descabelladas aventuras; Betty era como una hija para mí.

Mirábamos el atardecer y analizábamos como el sol se iba ocultando poco a poco en el horizonte, imaginándonos a un mar hambriento tragándose. Nos daba mucha risa. La dejé absorta en sus pensamientos; y es cuando decide, como todas las noches, ponerse su ropa de trotar e ir al parque a realizar sus habituales ejercicios para mantenerse en forma. Su condición de sargento de la policía, así se lo exigía. Betty había dedicado mucho tiempo a su cuerpo y lo mantenía físicamente sano, además de ayudar a embellecerlo como mujer. Algo de lo que solo un hombre había disfrutado, pero por cosas del destino, no pudo ser.

Mientras trotaba por el parque, recordaba el año anterior con nostalgia, los paseos que daba con su madre todas las tardes, para echar un vistazo a los hermosos atardeceres que se podían admirar casi todo el año, y así se distraía y ayudaba en cierta medida, a recuperarse de la operación de cáncer de colón a la que fue sometida.

Algo que no ocurrió, pues su madre falleció posteriormente - expresó Jean Pierre-

El parque de la ciudad era muy hermoso, motivo de orgullo de los habitantes del lugar. Tanto, que se había ganado el puesto como uno de los sitios más hermosos y originales de la geografía del país, y era visitado por muchos turistas durante todo el año. Poseía una enorme extensión de terreno, protegido por un muro de piedra de 50 centímetros de alto por 30 de ancho, con una verja victoriana de hierro forjado, de un metro de altitud, terminada en puntas de lanzas. Cuatro eran las puertas principales, de forja de enorme tamaño, apostadas en los cuatro puntos cardinales.

El parque estaba poblado de pinares y secuoyas, cubierto por un fino césped japonés, que era atravesado por kilómetros de senderos, que los turistas utilizaban para conocerle y admirar su frescura y su belleza. Ardillas y gorriones, topos y grajos, eran algunos de los habituales que merodeaban por entre las copas de los árboles, jugando y creciendo con el ritmo de la naturaleza.

Existía una zona del parque que daba a un acantilado rocoso, en donde el mar en otoño, retumbaba con una fuerza descomunal, cambiando lenta y creativamente el paisaje; y cuando aparecía la niebla, decían los mayores, velaba a los duendes que correteaban a sus anchas por el bosque.

Ya eran cerca de las 10 de la noche, cuando Betty miró su reloj y notó que por culpa de sus pensamientos y sus recuerdos, se le había hecho tarde. Tenía ya dos horas trotando y no se había dado cuenta de ello. Decide tomar un sendero que la llevaría al camino principal y de allí a la puerta Este del parque, cuando escuchó unos alaridos que provenían, presuntamente, de la parte más recóndita del parque. Una zona en donde el bosque se hacía más espeso y poseía un atractivo especial.

El Departamento de Medio Ambiente, había recreado en una elevación, una fiel copia del monumento de Stonehenge y sus piedras graníticas en círculo, que para poder acceder a él, había que cruzar un atajo boscoso y luego subir una pequeña cuesta que nos llevara hasta los monolitos.

Unas risas disparatadamente frenéticas, acompañaban los gritos desgarradores de una mujer. “Por un momento pensé -declaró Betty en el hospital- que serían unos chicos haciendo bromas pesadas, para

asustar a alguna turista... y cuando los encontrara, simplemente los reprendería y haría que dejaran el escándalo, pues podrían asustar a alguna persona mayor y ocasionarle un disgusto”. Pero no fue así.

“Al llegar al recodo, antes de subir la cuesta desde donde se podía divisar el monumento, observé atónita, a dos hombres pateando y golpeando a un chico en el suelo, con un garrote que ostentaba de unos clavos en la punta, mientras otros dos abusaban frenéticamente de una chica, en el centro del monumento, a la luz de la Luna”.

- La escena pareció dantesca -expuso Jean Pierre - por la expresión de horror que mostró Betty.

Les dio la voz de alto y los impresentables se percataron de que habían sido descubiertos. Y es cuando uno de ellos sacó una pistola de su cinto y disparó varias veces.

Una de las balas, afortunadamente, solo la rozó en la sien izquierda, ocasionándole una leve herida que la aturdiría. He hizo que se desplomara en el suelo, mientras veía y escuchaba en su visión, como los delincuentes partían hacia el interior del bosque; riendo frenéticamente por lo que acababan de hacer.

Mareada y aturdida, tomó su teléfono móvil y llamó a la comisaría, hasta que se desmayó.

En unos minutos llegamos al lugar, con una ambulancia y los paramédicos les dieron los primeros auxilios y se los llevaron con urgencia al hospital central.

- ¿Y que pasó con los chicos? - indagué con inquietud-

Betty estuvo inconciente unas horas y de reposo un par de días, creo recordar. Luego al día siguiente, la interrogamos y nos narró lo que les he contado. – explicó Jean Pierre-

Los otros dos chicos estaban muy mal - reveló- A ella la habían ultrajado salvajemente, inclusive con la rama de algún árbol y al joven le propinaron una brutal paliza, que lo mantiene en coma.

Vaya, que locura - expresé - ¿Cómo es posible que unos seres humanos sean capaces de hacer semejante barbaridad

Pero el asunto no concluyó ahí - dijo Jean Pierre -

La segunda noche que Betty se encontraba en el hospital, los cuatro enajenados volvieron a atacar en el parque cometiendo la misma fechoría. Pero lamentablemente esta vez, los dos jóvenes murieron a su arribo al hospital. Era espantoso lo que estaba sucediendo en nuestra ciudad; era pérfido y desquiciante. Inclusive la noche del último percance, -narró- los cuatro degenerados atracaron una tienda de víveres que estaba ubicada en el paseo de la playa, hiriendo y golpeando gravemente al dueño y a su esposa.

Logramos hacer una descripción muy somera de los atacantes. Pero esta coincidía con la descripción de muchos de los jóvenes que ahí vivían, algunos de los cuales conocía; y con la de varios turistas que estaban de visita en la ciudad.

Pusimos más vigilancia nocturna en el parque y los salvajes ataques cesaron. Se notó que los gamberros lo sabían y se cuidaron de ir al vergel.

El día que Betty se reincorporó a sus funciones. Todos la homenajearon por su valentía, entre los vítores de sus compañeros, por haber avisado a tiempo el hecho. Pero noté en su mirada algo infrecuente, ya sabes Eric, ese “no sé que”. Y decidí por mera percepción, mandar a Betty al día siguiente al psicólogo para que la chequease. Este por prescripción facultativa, le indicó que se fuera unos días a la playa, lejos de allí; y si era posible en compañía de alguien, para despejar la mente y tratar de asimilar los hechos que le ocurrieron, conjuntamente con las imágenes, como algo fortuito y circunstancial en la vida de cualquier policía.

Se redactó el informe correspondiente y la doctora me comentó que era normal, ese sentimiento de ira e impotencia en estos casos. Y que con un poco de reposo y unas pastillas para dormir, se solucionaría el asunto. Pero la mirada de Betty y una prestancia diferente, me demostraba que había en ella cierto “evil touch” que no correspondía con su personalidad. Ya sabes Eric, somos viejos sabuesos y nos damos cuenta de “ciertas cosas” que otros no pueden ver... además yo le cambié los pañales a esa chica...

Ciertamente – indiqué-

Betty consiguió irse con una amiga a un chalet playero, a unos cincuenta kilómetros de allí el fin de semana. Algo que me calmaba, pues no la quería en el departamento con ese remordimiento. Además podría entorpecer en cierta forma, las pesquisas.

Ese fin de semana, en la madrugada, los enajenados volvieron a atacar, pero esta vez en la playa, a una chica. Nuevamente abusaron con lascivia y liviandad, he hicieron con ella lo que quisieron hasta, matarla. Pero esa vez encontramos en el análisis de sangre de la chica, drogas. Unas drogas desinhibidoras, y presumimos que los delincuentes también las usaban. Lo que estaba ocurriendo era espantoso y lo peor era que no podíamos dar con el paradero de esos antisociales.

Los análisis de ADN tardaban mucho y la descripción que teníamos era muy superflua, pues Betty en medio de la oscuridad, no pudo definir sus rostros. Habíamos hecho algunas detenciones con sus consabidos interrogatorios, pero no teníamos nada en concreto.

Betty regresó el lunes y se reincorporó a la unidad. Todos la notaron más relajada y además hicieron bromas con su color de piel... y si había encontrado novio... Pero yo sabía que, además de ser una estupenda policía y una mujer muy hermosa e inteligente, intuía que en su interior bullían fuerzas desconocidas, capaces de generar caos. Tú manejas esos términos mejor que yo Eric y sabes que por ahí pululan quimeras energéticas que no conocemos y mucho menos controlamos - comentó Jean Pierre mientras bebía un sorbo de vino.

Uno de los policías enfermó y hubo que reorganizar los turnos nocturnos y Betty se ofreció con insistencia para que le asignara uno. Ella quería conseguir a los pillos y haría lo posible por ello. Accedí por la necesidad y por la ansiedad que me producía, el que esos cacos anduviesen por ahí haciendo de las suyas.

Esa tarde, Betty me pidió permiso para ir al hospital a enterarse del estado de salud de los chicos que ella había “salvado” y así conocer de mano de la chica, algún indicio que la llevara a descubrir a los truhanes. Además consiguió hablar con el médico que asistía a los chicos y este le dio una copia de los daños físicos que les ocasionaron.

A él lo golpearon salvajemente con un garrote punzante, ocasionándoles serias heridas por todo el cuerpo. Una de las púas había penetrado en su médula espinal y seguramente quedaría parálítico de por vida. El joven se encontraba en coma y en estado crítico. A ella la violaron con sadismo y brutalidad, ocasionándoles serios desgarres en el útero y el ano. Además de causarle heridas que precisaron cirugía plástica en el rostro y los senos, por culpa de los golpes y mordiscos que le propinaron. Seguramente no podría tener hijos por las lesiones en su interior.

El hecho de que fuesen unos recién casados, que venían de celebrar su primer aniversario, ocasionó una profunda tristeza en Betty, que la hundió aún más en la desesperanza.

- Lo sé, porque vino llorando desconsolada a la comisaría, a prepararse para su ronda nocturna -
manifestó Jean Pierre -

Durante varias noches, estuvo Betty rondando la playa y el bosque, además de los lugares turbios y recónditos de la ciudad, para ver si se encontraba con los degenerados. Pero no fue así.

Pero la constancia tiene un premio y una noche, pensando y meditando. Decidió cambiar su aspecto, para ver si provocaba a los enajenados. Asumió una postura más erótica y sensual, cambiándose de ropa y frecuentando lugares públicos. Se dirigió a los lugares más libertinos y jocosos, para ver si de esa manera, llamaba su atención, según narró su compañero de ronda. No fue sino hasta la tercera noche, cuando unos gemelos de aspecto repulsivo y desaliñado, se le acercaron para invitarle una copa. Y ella aceptó gustosa con la intención de indagar. Algo que la llevó a decirles los lugares que le gustaba frecuentar. Sobre todo los acantilados y los lugares reservados poco frecuentados. Betty salió de allí, convencida de que los gemelos formaban parte del cuarteto perverso. Los había seducido y los atraparía. Esa mañana, cuando la vi llegar, sabía que Betty estaba tramando algo. Se le notaba en sus ojos, que había descubierto algo y estaba a punto de dar el “gran golpe”. Lo intuía.

Esa noche, se fue hasta la parte más apartada del bosque; algo que había insinuado a los gemelos la noche anterior, con el fin de tenderles una trampa.

Yo la seguí sin que ella notara mi presencia, escondiéndome entre los arbustos del bosque, para vigilar y de paso protegerla. Betty sentada sobre una roca, observaba el mar y miraba el cielo, vigilando los alrededores, cuando de repente sentí un golpe muy fuerte en la cabeza y quedé semi inconsciente en el suelo. Uno de los pillos me disparó en las piernas y en el estómago y ahí me dejaron, pues yo no era de su interés. Ya en el suelo, observé al mismo tiempo, cuando Betty caía rodando por el suelo, por culpa de haber sido sorprendida por los otros dos maleantes. Ahí estaban los cuatro degenerados. La patearon y golpearon sin piedad burlándose y riendo, mientras gritaban improperios y obscenidades. La desnudaron y la violaron hasta saciarse, dentro de la más absoluta bestialidad. Usaron sus manos, dedos y la rama de pino... Los maleantes eran inhumanos. Lo supimos por la cantidad de heridas y golpes que encontramos en el cuerpo de Betty. El médico forense nos afirmó que los ataques, se salían de todo orden terrestre, parecían cosas hechas por entes diabólicos. Pero faltaba lo peor.

En medio de aquella vorágine de hechos, viéndose la agresividad con que abusaban de ella. Noté que Betty expulsaba un escupitajo de sangre acompañado de un sórdido sonido gutural. Esto hizo detenerse a los gamberros. Los gemelos saltaron asustados apartándose de ella, mientras los compinches le soltaban las manos y las piernas. Betty se estaba transformando en “algo”. No sé como explicarles, me resulta sumamente difícil.

Tal vez por culpa de algún hechizo o alguna fuerza inexplicable, comenzó a revolcarse y a mostrarse convulsionada sobre el césped, emitiendo los sonidos parecidos a los de un león en celo llamando a su hembra. Betty se batía contra el suelo, mientras los cuatro sádicos la miraban atónitos a su alrededor. Aquello los había paralizado. Su cuerpo comenzó a agitarse y su piel a rasgarse, saltado pedazos por el aire, mientras le brotaba una espuma biliosa por la boca. Betty se fue hinchando hasta explotar. De su interior brotó una espantosa criatura como salida del mismo infierno. Una horrorosa estampa de formas felinas de aspecto ignominioso, de color sepulcral, poseedora de garras afiladas y poderosos dientes. Esta se plantó frente a ellos de un salto.

El engendro rugió con furia, agitando sus brazos y lanzando burbujas sanguinolentas por la boca, lanzándose arrebatadamente sobre los cuatro energúmenos.

La escena fue espantosa. De una violencia indescriptible. Aquel monstruo, sació su furia contra los cuatro cuerpos, despedazándolos y mutilándolos sin ningún tipo de remordimiento. Esparció viseras e intestinos, cabezas y brazos por todas partes, rugiendo y voceando horrendos sonidos para celebrar su hazaña. Luego de unos instantes, la criatura se calmó; y huyó corriendo y saltando por el bosque, aullando en medio de una euforia triunfal... y me desmayé viendo el cuerpo ensangrentado de Betty en la grama.

Unos policías que hacían su ronda nos encontraron, al escuchar el escándalo y nos trasladaron al hospital. Betty estaba viva y yo me salvé por suerte, pues el disparo que me hicieron los delincuentes en el estómago, no tocó ningún órgano importante; pero Betty estaba destrozada.

Después de llegar al hospital moribunda y abstraída, pasó un tiempo en coma; saliendo de el, posteriormente, pero por más que se ha hecho, no ha salido aún del limbo en que se encuentra.

El juez que llevó el caso, admitió que nosotros fuimos efectivamente atacados por unos delincuentes.

Pero no aceptó mi versión de los hechos, y aseguró que estos fueron atacados por un animal, por un oso o algún felino que merodeaba por el bosque y cerró el caso. Mientras tanto, todavía visito a Betty en el hospital psiquiátrico en el que se encuentra y le hablo a su mirada perdida en el éter cósmico...

Y ahí con ella, medito lo que viví esa noche en el parque, buscándole una explicación lógica. Pero hasta ahora no la he podido hallar...